



En estos días, una súbita baja de cafeína me condujo al cafetín de la Facultad de Medicina. Acostumbrada a los espacios de Humanidades donde lo “in” es el destartale en la vestimenta (y a veces en la psiquis) y lo mismo se oye hablar de literatura que del arbitraje en fútbol y voleibol, no pude dejar de sentirme una rara avis en medio de tanta bata blanca, tanta mujer despampanantemente vestida y tantas patologías.

Con mi marroncito en mano, vi entrar a dos famélicos estudiantes que, a juzgar por sus comentarios, salían de clase de anatomía. Con voz entusiasta empezaron a narrarse los pormenores de la disección que acababan de efectuar. Habría que advertir a los “extranjeros” como yo que algunos comentarios emi-

tidos en ese recinto pueden afectar la sensibilidad.

Uno de los estudiantes, sin abandonar el tema, osó pedir ¡tres empanadas de carne mechada! Las conexiones que de inmediato se establecieron en mi mente, le indicaron a mi oído que era el momento de mudarse y escuchar conversaciones menos crueñas.

Mi oído fue a dar a la mesa de al lado, donde había tres muchachas. Allí, otra disección tenía lugar, pero el cadáver era de otra índole: una relación amorosa que, por lo que deduje, tuvo una larga agonía y dos días antes había fallecido. La protagonista del duelo amoroso emitía sus monotemáticas quejas, al tiempo que se atragantaba con una enorme barra de chocolate Savoy confiando, ¡pobrecita!, en

que esa era la forma más sabrosa de subir su ánimo.

De pronto, una de las amigas de la enferma de mal de amores, más preocupada por la estética que por la ética del buen amigo de un despechado, exclamó: “¡Deja ya ese chocolate! ¡Te vas a poner como una vaca! Tú lo que necesitas es un buen inhibidor selectivo de la recaptación de serotonina”. Mis ojos se desorbitaron con semejante expresión e inferí que era un modo enrevesado y médico de nombrar a un antidepresivo.

Tras el diagnóstico y el verbal récipe, la amiga de la adolorida saltó de tema y pasó a describir para sus interlocutoras, con bíceps y señales, al entrenador de tae-box con el que empezaba a salir. ¡Ésa sí fue una verdadera lección de anatomía!